

DOMUND

DOMINGO MUNDIAL DE LAS MISIONES

18 de octubre 2026

Uno en
Cristo,
unidos en la
misión

Subsidio de
Formación



    @omp_venezuela

 www.ompvzla.com

 **OMP**
Oficina Misionales Pontificias
V E N E Z U E L A

 **Conferencia
Episcopal
Venezolana**

DOMUND

18 de octubre 2026

Uno en
Cristo,
unidos en la
misión

Subsidio
de Formación

MENSAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV PARA LA 100ª JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES

Queridos hermanos y hermanas:

Para la Jornada Mundial de las Misiones de 2026, que marca el centenario de esta celebración, instituida por Pío XI y tan querida por la Iglesia, he elegido el tema “Uno en Cristo, unidos en la misión”. Después del Año jubilar, deseo exhortar a toda la Iglesia a continuar con alegría y celo en el Espíritu Santo el camino misionero, que requiere corazones unificados en Cristo, comunidades reconciliadas y, en todos, disponibilidad para colaborar con generosidad y confianza.

Reflexionando sobre nuestro ser uno en Cristo y estar unidos en la misión, dejémonos guiar e inspirar por la gracia divina, para «renovar en nosotros el fuego de la vocación misionera» y avanzar juntos en el compromiso de la evangelización, en «una época misionera nueva» en la historia de la Iglesia (Homilía en la Misa por el Jubileo del Mundo Misionero y de los Migrantes, 5 de octubre 2025).

1. Uno en Cristo. Discípulos misioneros unidos en Él y con los hermanos y hermanas

En el centro de la misión está el misterio de la unión con Cristo. Antes de su Pasión, Jesús oró al Padre: «Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste» (Jn 17,21). En estas palabras se revela el deseo más profundo del Señor Jesús y, al mismo tiempo, la identidad de la Iglesia, comunidad de sus discípulos: ser una comunión que nace de la Trinidad y que vive de y en la Trinidad, al servicio de la fraternidad entre todos los seres humanos y de la armonía con todas las criaturas.

Ser cristianos no es ante todo un conjunto de prácticas o ideas; es una vida en unión con Cristo, en la que participamos de la relación filial que Él vive con el Padre en el Espíritu Santo. Significa permanecer en Cristo como los sarmientos en

la vid (cf. Jn 15,4), inmersos en la vida trinitaria. De esta unión brota la comunión recíproca entre los creyentes y nace toda fecundidad misionera. Sí, «la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión», como enseñó san Juan Pablo II (cf. Exhort. ap. **Christifideles laici**, 32).

Por eso, la primera responsabilidad misionera de la Iglesia es renovar y mantener viva la unidad espiritual y fraterna entre sus miembros. En muchas situaciones asistimos a conflictos, polarizaciones, incomprensiones, desconfianza mutua. Cuando esto ocurre también en nuestras comunidades, se debilita su testimonio. La misión evangelizadora, que Cristo confió a sus discípulos, requiere ante todo corazones reconciliados y deseosos de comunión. En esta perspectiva, será importante intensificar el compromiso ecuménico con todas las Iglesias cristianas, aprovechando también las oportunidades que brinda la celebración conjunta del 1700° aniversario del Concilio de Nicea.

Por último —pero no menos importante—, ser “uno en

Cristo” nos llama a mantener siempre la mirada fija en el Señor, para que Él sea verdaderamente el centro de nuestra vida personal y comunitaria, de cada palabra, acción y relación interpersonal, de modo que podamos decir con asombro: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Ga 2,20). Esto será posible en la escucha constante de su Palabra y en la gracia de los sacramentos, para ser piedras vivas de la Iglesia, llamada hoy a recoger las instancias fundamentales del Concilio Vaticano II y del posterior Magisterio pontificio, en particular, del Papa Francisco. De hecho, como afirma san Pablo, «no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor» (2 Co 4,5). Reitero, por tanto, las palabras de san Pablo VI: «No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el Reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios» (Exhort. ap. **Evangelii nuntiandi**, 22). Este proceso de auténtica evangelización comienza en el corazón de cada cristiano para extenderse a toda la humanidad.

Por lo tanto, cuanto más unidos estemos en Cristo, tanto más podremos cumplir juntos la misión que Él nos confía.

2. Unidos en la misión. Para que el mundo crea en Cristo Señor

La unidad de los discípulos no es un fin en sí misma: está ordenada a la misión. Jesús lo afirma con claridad: «Para que el mundo crea que tú me enviaste» (Jn 17,21). Es en el testimonio de una comunidad reconciliada, fraterna y solidaria donde el anuncio del Evangelio encuentra toda su fuerza comunicativa.

En esta perspectiva, vale la pena recordar el lema del beato Paolo Manna: “Toda la Iglesia para la conversión de todo el mundo”. Este expresa sintéticamente el ideal que animó la fundación, en 1916, de la Pontificia Unión Misional. A ella, en su 110.º aniversario, le expreso mi reconocimiento y mi bendición por su compromiso de animar y formar el espíritu misionero de los sacerdotes, las personas consagradas y los fieles laicos, favoreciendo la unión de todas las fuerzas evangelizadoras. De hecho, ningún bautizado es ajeno o

indiferente a la misión; todos, cada uno según su vocación y condición de vida, participan en la gran obra que Cristo confía a su Iglesia. Como ha recordado en varias ocasiones el Papa Francisco, el anuncio del Evangelio es siempre una acción coral, comunitaria, sinodal.

Por eso, estar unidos en la misión significa custodiar y alimentar la espiritualidad de comunión y colaboración misionera. Al crecer cada día en esta actitud, aprendemos con la gracia divina a mirar cada vez más a nuestros hermanos y hermanas con ojos de fe, a reconocer con alegría el bien que el Espíritu suscita en cada uno, a acoger la diversidad como riqueza, a llevar las cargas los unos de los otros y a buscar siempre la unidad que viene de lo Alto. De hecho, todos tenemos juntos una sola misión recibida de «un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo [...] un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, lo penetra todo y está en todos» (Ef 4,5-6). Esta espiritualidad constituye la forma cotidiana del discipulado misionero. Nos ayuda a recuperar una visión universal

de la misión evangelizadora de la Iglesia, superando la fragmentación de los esfuerzos y las divisiones facciosas —“de Pablo”, “de Apolo”— entre los seguidores del único Señor (cf. 1 Co 1,10-12).

La unidad misionera, obviamente, no debe entenderse como uniformidad, sino como convergencia de los diferentes carismas con el mismo objetivo: hacer visible el amor de Cristo e invitar a todos al encuentro con Él. La evangelización se realiza cuando las comunidades locales colaboran entre sí y cuando las diferencias culturales, espirituales y litúrgicas se expresan plena y armoniosamente en la misma fe. Por lo tanto, animo a las instituciones y realidades eclesiales a fortalecer el sentido de comunión misionera eclesial y a desarrollar con creatividad formas concretas de colaboración entre ellas, para y en la misión.

A propósito, agradezco a las Obras Misionales Pontificias por su servicio a la cooperación misionera, que experimenté

con gratitud durante mi ministerio en Perú. Estas Obras —Propagación de la Fe, Infancia Misionera, San Pedro Apóstol y Unión Misional— continúan alimentando y formando la conciencia misionera de los fieles, desde los más pequeños hasta los más grandes, y promoviendo una red de oración y caridad que conecta a las comunidades de todo el mundo. Es significativo que la fundadora de la Obra de la Propagación de la Fe, la beata Pauline Marie Jaricot, idease hace doscientos años el Rosario viviente, que aún hoy reúne a numerosos fieles en grupos a distancia para rezar por todas las necesidades espirituales y misioneras. Cabe recordar que, precisamente a propuesta de la Obra de la Propagación de la Fe, Pío XI instituyó en 1926 la celebración de la Jornada Mundial de las Misiones, cuyos donativos recogidos cada año son distribuidos por ella, en nombre del Papa, para las diversas necesidades de la misión de la Iglesia. Las cuatro Obras, por

lo tanto, en su conjunto y cada una en su especificidad, siguen desempeñando un papel valioso para toda la Iglesia. Son un signo vivo de la unidad y la comunión misionera eclesial. Invito a todos a colaborar con ellas con espíritu de gratitud.

3. Misión de amor. Anunciar, vivir y compartir el amor fiel de Dios

Si la unidad es la condición de la misión, el amor es su esencia. La Buena Nueva que estamos enviados a anunciar al mundo no es un ideal abstracto; es el Evangelio del amor fiel de Dios, encarnado en el rostro y en la vida de Jesucristo.

La misión de los discípulos y de toda la Iglesia es la prolongación, en el Espíritu Santo, de la misión de Cristo; una misión que nace del amor, se vive en el amor y conduce al amor. Tanto es así que el mismo Señor, en su gran oración al Padre antes de la pasión, después de invocar la unidad de los discípulos, concluye de este modo: «Para que el amor con que tú me amaste esté en ellos, y yo también esté en ellos» (Jn 17,26).



Los apóstoles evangelizaron impulsados por el amor de Cristo y por Cristo (cf. 2 Co 5,14). De la misma manera, a lo largo de los siglos, multitudes de cristianos, mártires, confesores, misioneros han dado la vida para dar a conocer este amor divino al mundo. Así, la misión evangelizadora de la Iglesia continúa bajo la guía del Espíritu Santo, Espíritu de amor, hasta el fin de los tiempos.

Por eso, deseo agradecer especialmente a los misioneros y misioneras **ad gentes** de hoy; personas que, como san Francisco Javier, han dejado su tierra, su familia y toda seguridad para anunciar el Evangelio, llevando a Cristo y su amor a lugares a menudo difíciles, pobres, marcados por conflictos o culturalmente lejanos. Siguen entregándose con alegría a pesar de las adversidades y las limitaciones humanas, porque saben que Cristo mismo, con su Evangelio, es la mayor riqueza que se puede compartir. Con su perseverancia muestran que el amor de Dios es más fuerte que cualquier barrera. El mundo sigue necesitando estos valientes testigos de Cristo, y las comunidades

eclesiales siguen necesitando nuevas vocaciones misioneras, que debemos tener siempre en el corazón y por las que debemos rogar continuamente al Padre. Que Él nos conceda el don de jóvenes y adultos dispuestos a dejarlo todo para seguir a Cristo en el camino de la evangelización hasta los confines de la tierra.

Al admirar a los misioneros y misioneras, hago un llamamiento especial a toda la Iglesia: unámonos todos a ellos en la misión evangelizadora mediante el testimonio de la vida en Cristo, la oración y la contribución a las misiones. A menudo, como sabemos, «el Amor no es amado», como dijo san Francisco de Asís, a quien miramos de manera especial a ochocientos años de su paso al cielo. Dejémonos contagiar por su deseo de vivir en el amor del Señor y de transmitirlo a los cercanos y a los lejanos, porque, como afirmaba: «mucho ha de ser amado el amor de Aquel que tanto nos amó» (S. Buenaventura de Bagnoregio, Leyenda mayor, cap. IX, 1; Fuentes franciscanas, 1161) Sintámonos también estimulados por el celo de santa Teresa del Niño Jesús,

que se propuso continuar su misión incluso después de la muerte, declarando: «En el cielo desearé lo mismo que deseo ahora en la tierra: amar a Jesús y hacerle amar» (Carta al abate M. Bellière, 24 febrero 1897).

Animados por estos testimonios, comprometámonos todos a contribuir, cada uno según su vocación y los dones recibidos, a la gran misión evangelizadora, que es siempre obra del amor. Sus oraciones y su apoyo concreto, especialmente con motivo de la Jornada Mundial de las Misiones, serán de gran ayuda para llevar el Evangelio del amor de Dios a todos, especialmente a los más pobres y necesitados. Cada don, por pequeño que sea, se convierte en un acto significativo de comunión misionera. Por eso renuevo mi sincero agradecimiento «por todo lo que harán para ayudarme a apoyar a los misioneros en todas partes» (Videomensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2025). Y para favorecer la comunión espiritual, les dejo, junto con mi bendición, esta sencilla oración:

Padre santo, concédenos ser uno en Cristo, arraigados en su amor que une y renueva. Haz que todos los miembros de la Iglesia estén unidos en la misión, dóciles al Espíritu Santo, valientes en dar testimonio del Evangelio, anunciando y encarnando cada día tu amor fiel por cada criatura.

Bendice a los misioneros y misioneras, apóyalos en su esfuerzo, presévalos en la esperanza.

María, Reina de las misiones, acompaña nuestra labor evangelizadora en todos los rincones de la tierra; haznos instrumentos de paz y haz que el mundo entero reconozca en Cristo la luz que salva. Amén.

Desde el Vaticano, 25 de enero de 2026, III domingo del Tiempo Ordinario, fiesta de la Conversión del apóstol san Pablo.

LEÓN PP. XIV

DOMUND

DOMINGO MUNDIAL DE LAS MISIONES

18 de octubre 2026

Uno en
Crísto,
unidos en la
misión





1.

En Cristo somos uno

Al celebrar el centenario de la Jornada Mundial de las Misiones (1926-2026), el papa León XIV nos invita a reavivar el carisma fundacional de la obra misionera de la Iglesia, iluminados por el lema **“Uno en Cristo, unidos en la misión”**. Este aniversario no es solo una mirada al pasado, sino un recordatorio para la Iglesia Universal de que su razón de ser proviene del mandato directo de Jesucristo: **“Vayan y hagan discípulos a todas las naciones”** (Mt 28, 19). La evangelización, por tanto, no debe entenderse como una tarea opcional o un esfuerzo secundario, sino como la expresión más pura y auténtica de nuestra identidad bautismal.

La misión no nace de un entusiasmo pasajero ni de una estrategia pastoral, sino de la experiencia viva de permanecer en Cristo. A través de la oración, la escucha de la

Palabra y la fuerza del Espíritu Santo, comprendemos que la misión es, ante todo, un don que se recibe.

La misión nace de la Trinidad

El Santo Padre nos motiva a sumergirnos en el misterio del amor de la Santísima Trinidad. Es de esta comunión divina que brota la unidad entre los creyentes y nace toda fecundidad. Existe un riesgo real en la actualidad: reducir la vida espiritual sólo al culto litúrgico o complemento en el activismo pastoral. De ser así, nuestras acciones se convierten en la puesta en práctica de un conjunto de tradiciones éticas o socioculturales que, aunque valiosas, no transforman el corazón ni edifican el Reino de Dios.

Consciente de esta realidad, debemos esforzarnos en cultivar un silencio interior que facilite la oración y nos permita comprender las Sagradas Escrituras. Solo así podemos reconocer los signos de Dios en nuestro entorno y comprender las maravillas que Él realiza en medio de su pueblo. La evangelización auténtica nace de corazones tocados por la Trinidad, convirtiéndose en testigos creíbles de la comunión.

Por ello, la misión de la Iglesia no debe de ser vista, como un proyecto institucional, sino desde la pedagogía del amor trinitario que se comunica y se comparte.

Teniendo presente que la naturaleza de la Iglesia es trinitaria, todo discípulo misionero se esfuerza en ser testigo y dar testimonio del Señor Jesús (Cf. 2 Timoteo 4, 2) La intimidad con Él es la clave de la sinodalidad: esa unidad que el Padre encomendó al Hijo (Jn 17, 16 - 21). La comunión no es fruto de nuestros esfuerzos, sino de la acción del Espíritu que restaura nuestra dignidad de hijos de Dios, del mismo modo

que el pecado deshumaniza al hombre, la unión a la Trinidad restablece su dignidad de hijo de Dios (Cf. CEC 1849).

Ser hijos de Dios es la gracia que hemos recibido por el sacrificio de Jesús. Este don nos hace miembros de la Iglesia donde aprendemos a caminar juntos. El Papa, citando a san Pablo, nos advierte: **«No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor»** (2 Co 4,5). La verdadera misión requiere sencillez, humildad y obediencia para que sea **Cristo el único protagonista**. Cuando Él ocupa el centro, la misión se purifica y se vuelve verdaderamente fecunda.

Permanecer en Cristo

El lema del escudo del papa León XIII, *In Illo Uno Unum* (En el único Cristo somos uno), expresa una verdad profunda: cuanto más nos unimos a Cristo, más nos unimos entre nosotros. La comunión no es un adorno espiritual; es la condición indispensable para que la misión resulte creíble.

Una comunidad dividida empaña el anuncio; una comunidad reconciliada lo hace más fuerte.

San Agustín enseñaba que la Iglesia es como un cuerpo donde cada miembro encuentra su lugar en la unidad de Cristo. Insistiendo, en que la unidad no es uniformidad, sino armonía de carismas que se integran en el amor. Esta visión coincide plenamente con la sinodalidad: caminar juntos, discernir juntos, evangelizar juntos.

Permanecer en Cristo significa, cultivar una vida de oración profunda, alimentarse de la Palabra y de la Eucaristía, vivir reconciliados, dejar que el Espíritu Santo modele nuestro corazón, transformando la misión de una carga a un desbordamiento natural del amor recibido.

Unidos en la misión

Este centenario, es una oportunidad para renovar el compromiso misionero, reconociendo que la misión



no es una tarea de algunos; es la vocación de todos. Es un don trinitario que transforma, renueva y envía.

Los discípulos misioneros del Señor sabemos que la fecundidad de nuestra labor no es mérito del esfuerzo humano ni en la eficacia de nuestras herramientas, sino en el don trinitario que nos precede. Es el Espíritu Santo quien transforma el corazón. Al reconocer que la misión es un regalo que recibimos y compartimos, nos liberamos de la ansiedad del éxito numérico y nos abrimos a la esperanza. La misión, así entendida, es una fuerza regeneradora que, al tiempo que envía al creyente hacia el mundo, lo devuelve constantemente al centro de su fe: la unidad en Cristo.

Reflexión personal - grupal

- Si la misión es un don trinitario y no un esfuerzo humano, ¿qué cambios concretos deberíamos hacer en nuestras actitudes y estructuras pastorales para que se evidencie mejor la acción de la Trinidad Santa?
- ¿Qué obstáculos —interiores o comunitarios— nos impiden “permanecer en Cristo”, y cómo podemos fortalecer una espiritualidad que sostenga la misión?
- ¿Cómo construimos una comunión que respete la diversidad de dones sin caer en la uniformidad?

2. Vivir la sinodalidad: Comunión para la Cooperación Misionera

La identidad profunda de la Iglesia no se entiende sin la misión; ella no tiene una misión, sino que **es misión por su propia naturaleza**. Este misterio no nace de un proyecto humano, sino del **“amor fontal”** de Dios (cf. 1Jn 4,8). Como lo indica el decreto **Ad Gentes** la misión de la Iglesia es la prolongación histórica del envío eterno del Hijo y del Espíritu Santo. Somos enviados porque Dios mismo es un Dios que **“sale”** de sí mismo para

encontrarnos y constituirnos en un solo **Pueblo**.

El texto de **Juan 17, 21** establece que nuestra comunión con la Trinidad tiene un propósito claro: **“para que el mundo crea”**. El sínodo de la sinodalidad nos mete de frente en esta dinámica al recordar que:

“La sinodalidad no es un fin en sí misma, sino que apunta a la misión que Cristo ha confiado a la Iglesia en el Espíritu.

Evangelizar es “la misión esencial de la Iglesia [...] es la gracia y la vocación propia de la Iglesia, su identidad profunda” (EN 14). Estando cerca de todos, sin diferencia de personas, predicando y enseñando, bautizando, celebrando la Eucaristía y el sacramento de la Reconciliación, todas las Iglesias locales y la Iglesia entera responden concretamente al mandato del Señor de anunciar el Evangelio a todas las naciones (cf. Mt 28,19-20; Mc 16,15-16). Valorando todos los carismas y ministerios, la sinodalidad permite al Pueblo de Dios anunciar y testimoniar auténtica y eficazmente el Evangelio a las mujeres y a los hombres de todo lugar y tiempo, haciéndose “sacramento visible” (LG 9) de la fraternidad y unidad en Cristo querida por Dios. Sinodalidad y misión están íntimamente ligadas: la misión ilumina la sinodalidad y la sinodalidad impulsa a la misión” DFS 32.

Por lo tanto, se puede decir que, en esta época, marcada por vínculos técnicos y culturales globales, donde urge que la humanidad consiga también la plena unidad en Cristo. Estamos llamados a vivir la sinodalidad concreta-

mente en la cooperación misionera que se realiza a través de la oración de unos por otros, el trabajar juntos y sostener económicamente a quienes están en lugares precarios de evangelización. La cooperación entre los cristianos y las iglesias es la prueba de que el amor de Dios es real, llega a todos, es capaz de derribar cualquier muro y superar las distancias sociales y geográficas.

En el mundo actual, la cooperación misionera en la Iglesia Católica ha evolucionado más allá de la simple asistencia económica para convertirse en una **participación directa** y personal. La movilidad humana exige un renovado espíritu misionero. Por ejemplo, muchos cristianos se desplazan a zonas donde el cristianismo es desconocido o incluso perseguido, convirtiéndose en semillas de nuevas comunidades a través de su testimonio. Al mismo tiempo, la llegada de personas de países de misión a naciones tradicionalmente cristianas representa un **reto de hospitalidad y diálogo** para las Iglesias locales. Esta presencia de hermanos de otras culturas

debe ser un estímulo para el servicio y la proclamación directa del Evangelio.

Vale la pena resaltar que la verdadera cooperación misionera se fundamenta en la **corresponsabilidad** de las Iglesias particulares, cada una a su ritmo “pueden valorarse como expresión de una diversidad legítima y como una oportunidad para intercambiar dones y enriquecerse mutuamente. Este horizonte común requiere discernir, identificar y promover estructuras y prácticas concretas para ser una Iglesia sinodal en misión”. DFS 24

En este sentido, las Obras Misionales Pontificias fortalecen una red de oración y caridad que no es una simple estrategia organizativa, sino la manifestación de una fe madura que entiende que la salvación se alcanza en unidad y en cooperación. La meta de esta cooperación es la **implantación de la Iglesia** en cada cultura, permitiendo que nuevas comunidades nazcan, crezcan y se conviertan, a su vez, en fuentes de misión para otros.





Vivir la eclesialidad en salida, busca que el mundo vea en nuestra unión el reflejo de la unidad de Dios y que la cooperación sea el **testimonio visible** de que la comunión es posible; es el “nosotros” eclesial puesto al servicio del mandato de Cristo. Al trabajar y orar en común, la Iglesia muestra su rostro más auténtico: el de una familia que camina unida para que Dios sea “todo en todas las cosas”. Así, la cooperación misionera es el ejercicio más alto de la caridad, demostrando que la alegría y la felicidad que Dios nos ofrece son un don destinado a toda la humanidad.

Acogemos con esperanza el mensaje del papa León XIV, para este año 2026: “todos compartimos una sola misión recibida de «un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Esta espiritualidad debe ser nuestra forma cotidiana de discipulado, recuperando una visión universal de la misión evangelizadora de la Iglesia, superando la fragmentación y las divisiones facciosas —“de Pablo”, “de Apolo”— entre los seguidores del único Señor (cf. 1 Co 1,10-12).

Reflexión personal - grupal

- 1. ¿Percibimos que el ser uno en Cristo nos anima a fomentar la comunión en nuestras comunidades con el fin de que “los más alejados y necesitados” crean en Jesús resucitado?**
- 2. Si la verdadera eclesialidad exige que las Iglesias compartan dones espirituales y humanos (no solo dinero), ¿qué iniciativas concretas de cooperación misionera llevamos adelante a nivel personal, grupal o parroquial?**

3. 100 años “para que el mundo crea”

La Jornada Mundial de las Misiones, conocida popularmente como DOMUND, ha inspirado a generaciones de fieles a mirar más allá de sus fronteras y descubrir que la fe cristiana adquiere su medida más auténtica cuando se comparte. En un mundo que a menudo fragmenta, aísla y levanta barreras, esta jornada sostiene una convicción profundamente evangélica: nadie anuncia, sostiene ni evangeliza solo. La misión es, ante todo, una tarea común.

Aunque el DOMUND nació formalmente hace un siglo,

sus raíces se hunden en el tiempo y se enlazan con una figura decisiva: Paulina Jaricot, beatificada en 2022. Con sencillez evangélica y una intuición extraordinaria, esta joven laica promovió una red de oración y pequeñas aportaciones económicas entre las trabajadoras de las fábricas de seda.

Aquel gesto humilde, casi invisible a los ojos del mundo, terminó convirtiéndose en la Obra de la Propagación de la Fe. Su propuesta era clara: unir pequeños esfuerzos para sostener la misión universal.

No se trataba de acumular grandes sumas, sino de la fuerza de la comunión; cada centavo y cada oración tenía valor al nacer de un corazón misionero.

El Papa de las Misiones

Pío XI asumió esta visión y la integró en el corazón de su pontificado. Siendo aún Patriarca de Milán, sentía la urgencia de anunciar el Evangelio a quienes no conocían el mensaje salvador. De hecho, las crónicas de 1922 relatan que, durante la misa de la Epifanía, Pío XI en el momento de la homilía, conmovido por la situación de las misiones tras la guerra, bajó del presbiterio, se quitó el solideo y exclamó: **«Yo me hago hoy el primer limosnero por las misiones»**, procediendo él mismo a recoger las ofrendas.

Posteriormente, en su encíclica ***Rerum Ecclesiae*** (1926), expresó que la Iglesia no tiene otra razón de ser que hacer partícipes a todos los hombres de la redención. Bajo esta premisa, subrayó que el anuncio del Evangelio es una

actividad integral que abraza a toda la persona, pidiendo a los misioneros: **«Cuando vayan a los poblados, hagan lo que hizo el Señor: curen a los enfermos»** (Mateo 10, 7-8).

Finalmente, el 14 de abril de 1926, en un contexto marcado por las secuelas de la Guerra y el auge de los nacionalismos, se instituyó oficialmente el DOMUND, fijándose el penúltimo domingo de octubre como una jornada de oración y colecta universal en favor de las misiones y los misioneros.

El DOMUND es también la fiesta del encuentro de los pueblos que, desde su diversidad, se sienten llamados a esa unidad en la que Cristo nos hermana a través de nuestra filiación divina. No es casualidad que haya sido este Papa quien abrió la primera exposición misionera universal de la que se tiene memoria. Un año antes, había inaugurado en el Vaticano lo que quedó después como la semilla de los museos misioneros, con el objetivo de dar a conocer la riqueza con la que cada pueblo ha acogido la Palabra de Dios.

El DOMUND en Venezuela

En Venezuela, la Obra de la Propagación de la Fe se estableció en 1889, animando a toda la Iglesia a colaborar con las misiones, pero no fue hasta mediados del siglo XX cuando adquirió una estructura unificada. Este impulso se concretó en 1946 con la llegada de Monseñor Castillo Toro, sacerdote guariqueño, perteneciente al clero caraqueño que recorrió el país con un espíritu incansable y un lema que marcó época: ***«En el cuerpo fortaleza, en el corazón la fe, los libros en la cabeza y en el aire siempre un pie».***

La historia recuerda a Monseñor Castillo como un animador incansable. La Hna. Miriam Beyner Reggeti relata cómo, tras celebrar la misa en la Catedral de Caracas, él dedicaba sus tardes a recorrer las urbanizaciones solicitando apoyo. Esta entrega permitió que los venezolanos integraran a los pueblos indígenas y a las comunidades más lejanas en el imaginario nacional con simpatía y respeto.



Monseñor Castillo Toro



El DOMUND ha sido clave para mejorar las condiciones de vida en el país. Gracias a los misioneros del siglo XX se trazaron mapas de regiones desconocidas y se abrieron caminos donde no los había. Asimismo, el sistema educativo en la Amazonía-Orinoquia y en zonas como la Diócesis de Machiques nació de este impulso, permitiendo hoy el despuntar de un clero nativo que preserva su propia lengua y cultura.

Hoy, el DOMUND sigue siendo la principal iniciativa de las Obras Misionales Pontificias en apoyo al Papa para el sostenimiento de 1.132 territorios de misión, donde vive cerca de la mitad de la población mundial, lo que da una idea de la magnitud de esta responsabilidad compartida.

Las ayudas recogidas cada año permiten sostener catequistas, seminaristas, pequeñas comunidades cristianas, proyectos educativos, centros de salud, obras sociales y múltiples iniciativas pastorales, garantizando que la Iglesia siga presente allí donde la pobreza o el aislamiento amenazan con apagar la esperanza.

La celebración del centenario del DOMUND es, por tanto, una ocasión propicia para dar gracias por el compromiso inquebrantable de miles de misioneros y misioneras que han respondido al llamado del Señor con un generoso “sí”. Son hombres y mujeres que han dejado su tierra, para anunciar el Evangelio en contextos difíciles, humildes o marcados por la pobreza.

Celebrar 100 años del DOMUND no es únicamente una efeméride institucional. Es la celebración de una idea que ha atravesado un siglo: que la fe cristiana se fortalece cuando

se comparte y que la misión de la Iglesia sigue teniendo rostro humano, voz cercana y necesidad de apoyo real. Ese fue el sueño de Paulina Jaricot, esa fue la intuición pastoral de Pío XI y esa sigue siendo la tarea de la Iglesia de hoy.

En definitiva, es una invitación a mirar el mundo con ojos misioneros, descubriendo que detrás de cada ayuda hay una historia concreta. En cada lugar de misión está presente Cristo que sigue actuando, y cuando la Iglesia vive unida en torno al Evangelio, la solidaridad se convierte en una forma concreta de anunciar la esperanza.

Reflexión personal / grupal

- 1. ¿De qué manera el DOMUND nos recuerda que la misión evangelizadora no es una tarea exclusiva de unos pocos, sino una responsabilidad compartida por todos los miembros de la comunidad?**
- 2. ¿Cómo puede nuestra comunidad local vivir la cooperación espiritual y material para hacer del DOMUND una auténtica corresponsabilidad reflejada en el apoyo y acogida de los más necesitados en territorios de misión?**



Hna. Miriam Beyner Reggeti



DOMINGO MUNDIAL DE LAS MISIONES

18 de octubre 2026



Oración

Padre santo,
concédenos ser uno en Cristo,
arraigados en su amor
que une y renueva.

Haz que todos
los miembros de la Iglesia
estén unidos en la misión,
dóciles al Espíritu Santo,
valientes en dar testimonio del Evangelio,
anunciando y encarnando
cada día tu amor fiel por cada criatura.

Bendice a los misioneros y misioneras,
apóyalos en su esfuerzo,
presérvalos en la esperanza.

María, Reina de las misiones,
acompaña nuestra labor evangelizadora
en todos los rincones de la tierra;
concédenos ser instrumentos de tu paz
y haz que el mundo entero descubra
en Cristo la luz que salva. Amén.

LEÓN PP. XIV

